

REER
Revista Electrónica de Educación Religiosa
No. 1, Vol. 4, Julio 2014, pp. 1-18
ISSN 0718-4336
Versión en línea

La Respuesta creyente como Camino, Visión y Escucha

Juan Pablo Espinosa Arce*

Resumen:

El presente artículo aborda la comprensión de la respuesta de la fe desde tres imágenes simbólicas y del imaginario bíblico, a saber, camino, escucha y visión. La importancia de educar y pensar la fe dentro de estos tres momentos, los cuales están entrelazados entre sí, favorece una comprensión holística y actual de la problemática creyente. Por medio de una lectura pedagógico-pastoral a la Escritura y a la Tradición de la Iglesia, queremos reflexionar nuestro quehacer a la luz de la Revelación, principio del diálogo salvífico, de manera de responder a ella por medio de nuestra vocación pedagógica y profética.

Palabras clave: Imaginarios, fe, camino, escucha, visión, respuesta creyente

* Licenciado en Educación. Profesor de Religión y Filosofía, Universidad Católica del Maule.
Juanpablo232290@gmail.com

Abstract:

This article deals with the understanding of the response of faith from three symbolic images and biblical imagery, namely, road, listening and vision. The importance of educating and think faith in these three moments, which are intertwined, favors a holistic understanding of the current problems of believing. Through a pastoral-teaching of Scripture and Church Tradition, we want to reflect our work under the light of Revelation, beginning of saving dialogue, so as to respond to it through our teaching and prophetic vocation.

Keywords

Imaginary, faith, way, listen, view, reply believer

La primera gran convicción que la fe cristiana posee es que Dios se revela en la historia, la crea, salva en ella y se encarna en Jesús de Nazaret. Dicha revelación tiene como objeto (lo que se revela), a Dios mismo quien movido por su amor al hombre entra en diálogo con él como quién habla con un amigo (Cf. Ex 33,11). Por su parte el Sujeto de la Revelación es Dios (quien toma la iniciativa) y también encontramos al sujeto que podríamos llamar inmanente, el hombre, el cual escucha la revelación por medio de la fe, por la cual se presta la obediencia y la voluntad a la llamada de Dios (Cf. DV 5).

En este desarrollo, queremos comprender el momento de la respuesta creyente la cual y desde el pensamiento bíblico y teológico, se evidencia como camino, visión y escucha. Con esto, queremos hacer comprender que la llamada de Dios que pasa por el discernimiento y la respuesta del hombre, involucra la totalidad de la existencia del hombre y de la mujer y que les invita a vivir la misión integral especialmente en las periferias geográficas, económicas, sociales, religiosas y culturales.

El diálogo como principio de la revelación

El diálogo constituye un proceso eminentemente personal. Quizás en estos días de campamento y misiones han podido dialogar entre ustedes y con los hermanos de esta comuna que los han recibido y alientan su proceso de crecimiento en la fe. El Dios en el que creemos y aquél a quien confesamos de palabra y obra entra también en esta dinámica dialógica, esto por ser un Dios personal y que vive de la comunión tanto a nivel trinitario como a nivel terreno/mundano.

En esto sostiene Joaquín Silva (2000):

“la mismidad humana no es una interioridad cerrada, sino que se abre a un proceso dialógico, a través del cual se constituye a sí misma y el horizonte del mundo. Este proceso bien puede comprenderse como revelación: mirando, hablando, actuando y reaccionando, cada hombre se abre a los otros, cada uno aparece y se revela en ello como él mismo para otros, cada uno se acredita o claudica en esta acción dialógica con los otros” (pág. 245).

Lo que sostiene Silva es de capital importancia por cuanto la realidad humana, compleja y polivalente en sí misma conlleva un simbolismo que abarca la totalidad de lo que es el hombre. Esto además viene a dar sentido a nuestro título y objetivo a perseguir, que la revelación es respondida por el hombre y la mujer cuando se ponen en camino tras una promesa, que también es visión, por cuanto contemplamos y somos testigos de la irrupción del Reino y como su dimensión sociopolítica y cultura promete un futuro pleno y finalmente

es escucha de la voz de Dios en Jesucristo discerniendo cuál es el proyecto que se oculta detrás de esa manifestación.

El diálogo además constituye un doble movimiento, por el cual el emisor espera del receptor una respuesta que a su vez interpela (o debería interpelar) al primero y de esa manera generar una dinámica que favorezca la comprensión de la realidad. El diálogo además nos hace comprender que “la experiencia del Dios que se ha manifestado en nuestra personal y social” (Silva, 2000, pág. 244), conlleva una vocación, una misión integral que nos debe hacer salir de nuestra apatía, desidia, conformismo y llevarnos por caminos de una espiritualidad encarnada en los problemas e injusticias de nuestro tiempo, de esta comuna y de nuestra Universidad.

La respuesta creyente como camino[†]

Vamos a realizar tres exégesis o interpretaciones bíblicas desde los tres imaginarios, simbolismos o actitudes que posee la respuesta creyente a la revelación (camino, escucha, visión). Lo haremos acentuando la pedagogía que está incoada en cada uno de los textos bíblicos. El primer momento, el camino, estará iluminado por el ciclo de Abraham y por la figura de María.

El ciclo de Abraham (Génesis 12 – 24), representa el inicio de la historia de la salvación y de las numerosas alianzas que Dios establece con el hombre, reunido más tarde en un pueblo, Israel. Lo que nos

[†] Dice la Encíclica *Lumen Fidei*: “La fe ‘ve’ en la medida en que camina, en que se adentra en el espacio abierto por la Palabra de Dios (...) En cuanto respuesta a una Palabra que la precede, la fe de Abraham será siempre un acto de memoria. Sin embargo, esta memoria no se queda en el pasado, sino que, siendo memoria de una promesa es capaz de abrir el futuro, de iluminar los pasos a lo largo del camino. De este modo, la fe, en cuanto memoria del futuro, memoria futura, está estrechamente ligada con la esperanza” (LF 9).

interesa rescatar de Abraham está contenido en la siguiente perícopa: **"Yahvé dijo a Abrán: Vete de tu tierra, de tu tierra y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra. Marchó pues Abrán, como se lo había dicho Yahvé, y con él marchó Lot. Tenía Abrán setenta y cinco años cuando salió de Jarán" (Gn 12,1-4).**

Son varios los elementos que queremos rescatar de este primer texto.

- En primer lugar, el puesto del diálogo en el texto. Comienza la historia y la vocación de Abrahám con esta estructura (Yahvé le dijo, Abrahám responde poniéndose en camino: **"Por la fe, Abrahán, al ser llamado por Dios, obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a donde iba. Por la fe, peregrinó hacia la Tierra prometida como extranjero habitando en tiendas" (Hb 11,8-9).**
- En segundo lugar, el llamado conlleva una promesa: haré de ti una nación grande, tú serás una bendición, te daré una tierra de promisión y una descendencia abundante. La promesa es garantía, signo de la fidelidad de Dios que está con el elegido.
- En tercer lugar, se recalca la historia personal de Abraham: vive en Jarán, tiene setenta y cinco años, vive en la casa paterna y tiene familia con él. Es en esa historia personal en la cual irrumpe Dios para que esa misma vida tenga connotaciones sociales (haré de ti una nación grande).

Pasando a un segundo texto, la anunciación y la visitación, nos daremos cuenta de que el llamado que viene de parte del Dios de la

promesa es similar en ambos casos. Leemos en el Evangelio de Lucas: **"Al sexto mes, envió Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María"** (Lc 1,26-27) El texto comienza de una manera similar a la de Abrahám. La mujer a la que Dios llama tiene una historia particularmente significativa.

- En primer lugar es mujer. La mujer en la época bíblica estaba minusvalorada, esto a causa de una sociedad eminentemente machista y patriarcal como la judía.
- En segundo lugar, es mujer y nazarena, doblemente mal vista. Un adagio popular de la época decía: "A quien Dios castiga le da por mujer una Nazarena", y en el Evangelio de Juan se dice que Nazaret nunca ha salido nada bueno (Jn 1,46), y menos un profeta. Que sea de Nazaret, quiere decir que era una marginada, ya que por parte de Jerusalén la provincia norte del país era vista como impura por el contacto que había tenido en el pasado con las culturas extranjeras, violando así la Ley y las normas de pureza.
- En tercer lugar, se hace alusión a la historia personal de María (vivía en Nazaret, estaba desposada con José, su nombre era María). Como veíamos anteriormente, Dios irrumpe en la vida de cada uno de los sujetos para hacer con ellos alianzas e invitarlos a una vocación determinada.

El texto continúa con el diálogo entre María y el ángel en donde el segundo expone lo que se ha determinado y cómo ha de ocurrir. En medio de este diálogo, hay algo que nos llama poderosamente la atención: **"María respondió al ángel: ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?"** (Lc 1,34). Lo interesante de este versículo es

que María no aparece como una mujer sumisa, sino que interroga, cuestiona, quiere saber lo que pasará en el contexto del plan de salvación.

Y el centro del relato está enmarcado en lo siguiente: ***"Dijo María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y el ángel, dejándola se fue. En aquellos días, se puso en camino María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá y saludó a Isabel. En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno" (Lc 1,38-41).***

María una vez que realiza el proceso del discernimiento que nace de la escucha de la Palabra que Dios le dirige, da su respuesta al ángel la cual conlleva el ponerse en camino. Es así como podemos sostener que en María la escucha y la respuesta se realiza con 'los pies', es una dinámica kinésica, con lo cual vemos que la palabra escuchada y respondida involucra toda la existencia del sujeto.

En esto, sostiene bellamente Xabier Pikaza (1990):

"Cara a cara ha dialogado María en el misterio, Dios le ha dado un saludo y ella ha respondido. Dios le ha preguntado, pidiendo su permiso y ella ha contestado (...) María ha respondido a Dios, poniéndose en sus manos. Po eso, ya no puede vivir para sí misma. Se ha entregado a Dios, ha recibido un signo y quiere interpretarlo en clave de alabanza abierta (...) María ha caminado con el gozo de la voz que ha transformado sus entrañas. No pudo quedar sola en Nazaret, rumiando en aislamiento las palabras del Altísimo. Tenía que decirlas, compartiéndolas con otros (...) María se ha puesto

en camino y se acerca a la ciudad de su parienta, para compartir con ella la riqueza de su nueva palabra, la vivencia del Cristo que se acerca” (pág. 23)

María por su respuesta hecha camino, itinerario y misión, es también profetisa de la liberación, ya que lo que anuncia en el Magníficat es la reinversión de la historia, la ‘vivencia del Cristo que se acerca’ y que produce la sub-versión por la cual los últimos serán los primeros y los marginados reescribirán la historia ya que son considerados los predilectos de Yahvé.

A modo de síntesis en este primer ‘tipo de respuesta creyente’, podemos encontrar elementos similares que sirven como claves pedagógicas de discernimiento de lo que debe ser la respuesta de cada uno. En primer lugar, Dios interviene en la historia personal de cada uno de nosotros y desde ella nos invita a escucharle y responderle. En segundo lugar, la llamada involucra una promesa (en Abrahám es descendencia y tierra; en María es el nacimiento de Jesús y la salvación que éste traerá). En tercer lugar, se provoca el discernimiento y la posterior respuesta, que en ambos personajes, involucra el ponernos a caminar y anunciar a los demás lo que Dios ha hecho por nosotros, con lo cual la intervención divina en lo personal se expande a lo social.

La respuesta creyente como visión

El tema de la visión y de la apertura de los ojos constituye un aspecto transversal en la Escritura. La respuesta creyente que queremos asociar en este caso con la visión, la leeremos desde los signos que Jesús realiza y con los cuales inaugura el Reino de Dios.

En primer lugar ¿qué significado tienen los signos realizados por Jesús y con los cuales inaugura el Reino? Sostiene Fernández (2008) "los signos no operan como demostraciones, sino como un invitación a creer en Jesús y en la naturaleza del Reino como oferta gratuita y universal de misericordia" (pág. 99) Con esto tenemos una primera convicción, a saber, los signos de Jesús al momento de instaurar el Reino constituyen una invitación a la fe de los interlocutores que ven las acciones que el mismo Reino las cuales legitiman que éste si ha llegado.

Los signos de los tiempos mesiánicos fueron ya anunciados por los profetas. Así leemos por ejemplo en el libro de Isaías: "**Entonces se despegarán los ojos de los ciegos, y las orejas de los sordos se abrirán. Entonces saltará el cojo como ciervo y la lengua del mundo lanzará gritos de júbilo" (Is 35,6)**. Con esto exponemos la comprensión de la 'visión' que asumiremos en este apartado. Que a los ciegos se les abran los ojos quiere decir que para ellos ha llegado la salvación, y que ellos, sujetos marginados del sistema social y productivo de la vida de Israel son los primeros convidados a entrar a la dinámica del Reino de Dios. Al que se le abre los ojos, es decir, al que vive la conversión, está llamado a anunciar a los demás esta misma salvación como respuesta de fe.

Jesús por su parte se apropia de las profecías y se autoidentifica con el Siervo de Dios que al final de los tiempos vendría justamente a dar la vista a los ciegos, la liberación a los pobres y a anunciar un año de gracia de parte de Dios (Cf. Lc 4, 16-19). Una vez leída esta profecía, el mismo Jesús sostiene: "**Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy" (Lc 4,21)**, o lo que es lo mismo decir: El Reino ha llegado a ustedes y se manifiesta en que los ciegos ven, los cojos

andan, los sordos oyen, los pecadores son perdonados y los últimos sub-vierten la historia.

Un último texto quisiéramos considerar antes de entrar a un caso de milagro en el cual la visión conlleva la respuesta creyente del que es sanado. El texto es la comitiva que es enviada por Juan Bautista con el mensaje ¿es Jesús realmente el que fue prometido o debemos esperar otro? La respuesta de Jesús es clara: **"Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres el Evangelio iy dichoso aquel que no halle escándalo en mí!" (Lc 7,22-23)**. Este texto tiene algunas características que queremos rescatar. En primer lugar, la indicación de Jesús sobre lo que los discípulos de Juan han visto y oído, es decir, el testimonio que han de comunicar desde lo experimentado con Jesús. En segundo lugar, volver a resaltar el lugar que la apertura de ojos tienen en los tiempos mesiánicos. Finalmente la sentencia de no escandalizarse de Jesús, es decir, comprender los signos escatológicos como una invitación a la fe que pasa por la contemplación.

Teniendo estos presupuestos, quisiéramos presentar el caso del ciego de nacimiento presente en el cuarto Evangelio (Jn 9). Este relato es interesante porque vemos una evolución en la comprensión de fe del ciego además de volver a evidenciar que la apertura de ojos conlleva la respuesta de fe en la persona de Jesús.

Dice el relato **"Vio, al pasar, a un hombre ciego de nacimiento (...) escupió en tierra, hizo barro con la saliva y untó con el barro los ojos del ciego y le dijo: Vete, lávate en la piscina de Siloé, que quiere decir el enviado. Él fue, se lavó y volvió ya**

viendo” (Jn 9,1.6-7) Estos primeros versículos nos muestran algunos elementos fundamentales. Jesús ve al hombre ciego, es decir, pone su atención sobre él y su enfermedad. En segundo lugar la importancia de los verbos: ir, lavar y volver, los cuales quieren significar que Jesús hace partícipe al ciego de su propia sanación. El creyente debe ser un sujeto activo en su proceso de maduración de fe y de conversión. En tercer lugar, el signo que Juan presenta es ver. ¿Qué es ver para el cuarto evangelista?. Es una actitud transversal a todo el relato y simboliza la verdad y la participación en ella.

A continuación viene un extenso diálogo entre el ciego sanado y los funcionarios del templo, sacerdotes y fariseos que son agrupados por el evangelista en el término: los judíos, los cuales se oponen a Jesús y sus seguidores (Jn 9, 8-41). En este diálogo queremos rescatar la evolución que el ciego sanado tuvo de su comprensión de quien era Jesús o lo que es lo mismo, su evolución en la respuesta de fe que nace de la apertura de ojos.

La evolución de la respuesta de fe está dominada por los siguientes apelativos o títulos que el ciego sanado da a Jesús:

- “Ese hombre que se llama Jesús, hizo barro, me untó los ojos y me dijo: Vete a Siloé y lávate. Yo fui, me lavé y vi. Ellos le dijeron: ¿Dónde está ése? Él respondió: No lo sé” (Jn 9,11-12).
- “Entonces le dicen otra vez al ciego ¿Y tú qué dices de él, ya que te ha abierto los ojos? Él respondió: Que es un profeta” (Jn 9,17).
- “Jesús se enteró de que le habían echado fuera y, encontrándose con él, le dijo: ¿Tú crees en el Hijo del hombre? Él respondió ¿Y quién es, Señor, para que crea en él? Jesús le dijo: Le has visto:

el que está hablando contigo, ése es. Él entonces dijo: Creo Señor, y se postró ante él" (Jn 9,35-38).

Es interesante la evolución que se produce en la confesión de fe del ciego sanado, ya que de identificar a Jesús como 'ese hombre' llega a llamarle Señor, Cristo. La misma fe cristiana responde a un proceso dinámico de encuentro con el Dios de Jesucristo, en el cual la revelación se hace progresiva, respondiendo a contextos y respetando la psicología y la afectividad de los creyentes.

La contemplación de los signos que realiza el Dios de Jesucristo en el mundo, responde a la apertura de ojos, a la visión que se comprende como un signo propio de los tiempos mesiánicos. ¿Cuál es entonces la tarea del creyente que quiere experimentar la conversión? No es otra cosa que reeducar la mirada y evangelizar por medio de la entrega de brújulas que permitan a los demás descubrir el camino que han de recorrer, y no sólo mapas que ya indiquen el camino. Debemos ser partícipe del proceso de la fe y hacer a los otros partícipes de sus propios procesos de confesión de la persona de Jesús el Señor.

La respuesta creyente como escucha

Queremos abordar este último apartado desde la Encíclica "Lumen Fidei" (LF) de Francisco en continuación con el magisterio de Benedicto. La encíclica es una catequesis sobre la fe la cual presenta una articulación entre algunos conceptos claves como son la fe, la memoria, la visión y audición del testimonio y la dimensión personal y social de este. Así, la lógica interna se podría resumir en lo siguiente: La fe se asemeja a una luz que se debe descubrir, luz que es la verdad que Jesucristo trae de parte de Dios. Dicha luz se vuelve testimonio y memoria que se narra, la

cual nace de aquello que hemos visto y oído y que aglutina a toda la comunidad creyente, fundamentando así la dimensión social de la fe. En esta última dimensión de la respuesta creyente que hemos querido asumir desde la 'escucha' expondremos dos conceptos presentes en la LF, a saber, la memoria y la transmisión de la fe.

En primer lugar, ¿cómo entiende LF la relación entre la fe y la memoria? Dice en su número 5:

“La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural (...) por una parte, procede del pasado; es la luz de una memoria fundante, la memoria de la vida de Jesús, donde su amor se ha manifestado totalmente fiable, capaz de vencer la muerte. Pero, al mismo tiempo, como Jesús ha resucitado y nos atrae más allá de la muerte, la fe es luz que viene del futuro, que nos desvela vastos horizontes y nos lleva más allá de nuestro yo aislado, hacia la más amplia comunión” (LF 5)

En este párrafo, Francisco asume la memoria desde el kerigma (Jesús muerto y resucitado), memoria que es fiable y que proyecta el futuro pleno que se fundamenta en una escatología social (la más amplia comunión), superando así el individualismo y acentuando el carácter eclesial de dicha memoria que se narra y transmite.

Decíamos anteriormente que la memoria y la fe se narra y esto porque “tenemos que narrar su recorrido, el camino de los hombres creyentes, cuyo testimonio encontramos en primer lugar en el Antiguo Testamento” (LF 8). Desde el testimonio bíblico, veíamos que Abraham,

padre en la fe de las tres grandes religiones monoteístas, “la fe está vinculada a la escucha (...) la fe es una respuesta a una Palabra que interpela personalmente, a un Tú que nos llama por nuestro nombre” (LF 8).

¿Qué narra la fe? La respuesta es ofrecida por la misma LF:

“La confesión de fe de Israel se formula como narración de los beneficios de Dios, de su intervención para liberar y guiar al pueblo, narración que el pueblo transmite de generación en generación (...) a través de la memoria de las obras realizadas por el Señor (...) aprendemos así que la luz de la fe está vinculada al relato concreto de la vida, al recuerdo agradecido de los beneficios de Dios y al cumplimiento progresivo de sus promesas” (LF 12).

Con esto se fundamenta aquello que habíamos identificado en la llamada recibida por Abraham la cual contenía la promesa de una tierra y de descendencia, y en el caso de María el nacimiento de Jesús que venía como Salvador y Redentor de Israel. La llamada de Dios necesariamente posee una promesa que se la hace al elegido, promesa que involucra la escucha y la respuesta, esto porque el Dios que llama es uno de carácter personal y dialógico, con lo cual se crea el ‘relato concreto de la vida’, la ‘narración popular’ y el ‘cumplimiento progresivo de las promesas’.

Teniendo esto, la Encíclica pasa a abordar el tema de la fe como escucha. La escucha es fundamental en la vocación del creyente y en la

respuesta que de él emana. Sin escucha no hay vocación, ya que la misma vocación es llamado (vocare). Dice LF:

“Precisamente porque el conocimiento de la fe está ligado a la alianza de un Dios fiel, que establece una relación de amor con el hombre y le dirige la Palabra, es presentado por la Biblia como escucha, y es asociado al sentido del oído. (...) El conocimiento asociado a la palabra es siempre personal: reconoce la voz, la acoge en libertad y la sigue en obediencia” (LF 29).

Es interesante el nexo que se da entre escucha y camino, ambos mediados por el amor que se torna alianza entre el Dios fiel y personal y entre el hombre que ofrece su voluntad y obediencia siempre mediado por su libertad. La escucha, en este sentido, involucra toda la existencia creyente, y podemos decir que el sujeto religioso debe ser un hombre y mujer de la escucha.

Sigue LF:

“El oído posibilita la llamada personal y la obediencia y también, que la verdad se revele en el tiempo. La vista aporta la visión completa de todo el recorrido y nos permite situarnos en el gran proyecto de Dios; sin esa visión, tendríamos solamente fragmentos aislados de un todo desconocido” (LF 29)

Este párrafo nos ofrece una magnífica síntesis de lo que hemos querido exponer en este desarrollo. Escucha, visión y camino

constituyen los tres momentos del camino del discípulo y del evangelizador. Por la escucha es interpelado por la Palabra del Dios fiel quien le llama a una vocación determinada en medio del mundo. Por la visión contempla las maravillas que ese mismo Dios ha creado, especialmente los signos de los tiempos que son necesarios discernir. Finalmente el camino aparece como su terreno más propio. El mismo Verbo de Dios se hace nómada, peregrino, esto porque habita en la tienda, es decir, va de paso por la historia.

Para finalizar quisiéramos presentar un pequeño comentario a un texto de Isaías que presenta el tema de la escucha y el testimonio. La actitud fundamental de los profetas, los discípulos, los videntes, es escuchar la voz de Dios, prestar atención, disponer el oído para recibir la revelación y poder encontrarnos con Él. Es el motivo de la importancia de la escucha en la vida, ya que si el discípulo pasa por alto la "audición", pierde sentido su vocación.

Isaías nos muestra en el Tercer Canto del Siervo de Yahvé, cómo podemos comprender mejor esta Teología de la escucha. ***"El Señor Dios me ha dado lengua de discípulo, para que Yo sepa sostener con una palabra al fatigado. Mañana tras mañana me despierta, despierta mi oído para escuchar como los discípulos" (Is 50,4).***

Este personaje misterioso, vicario de Dios en medio del pueblo, representa el verdadero prototipo de servicio. Servicio que se basa en dos acciones fundamentales:

- La primera es la capacidad profética de "sostener con la palabra al fatigado", para poder confortar, ya que el verdadero discípulo debe saber lo que es el dolor y en muchas ocasiones nuestra

sociedad ha impuesto un rechazo generalizado al tema del sufrimiento, simplemente pasándolo por alto. Pero en cambio, el que quiere ser "siervo", debe someterse, abajarse, salir de su metro cuadrado y compartir la suerte de las masas sufrientes.

- La segunda actitud es la acción de Dios a favor de que su siervo preste oído a sus palabras, ya que desde el momento en que Dios nos interpela, debemos establecer una capacidad de sano discernimiento. El "oído despierto", denota un claro signo de fidelidad. Es poner nuestra atención en la revelación, en el signo que estamos presenciando. En ocasiones la sociedad actual nos va colocando en la contrapartida de la escucha, pero no por eso tenemos que permanecer sordos a la voz de Dios actuante, llegando a asociar su vida, en nuestra vida.

Esto tiene una fuerte clave cristológica. Jesús de Nazaret asume claramente los dos parámetros que anuncia el texto de Isaías. "Sostiene al fatigado con una palabra" a partir del anuncio del tiempo favorable en el que el Reinado de Dios se instaura en la sociedad, abarcando todos sus ámbitos (Cf. Mc 1,14-15). De igual manera, "despierta su oído", escuchando y haciéndose uno de sus hermanos, los hombres, y jugándose Su vida por entero en su liberación integral. Es el mejor de los hombres. El que observa, escucha y actúa. Pero en un mundo lleno de ruido y distracciones, que no nos invita a vivir estas actitudes ¿cuál es tu tarea, la tarea de todo discípulo para llegar a atender, escuchar y encontrarnos con el Señor?

Referencias:

- Fernández, S. (2008). Los signos del Reino realizados por Jesús. En "Signos de estos tiempos, interpretación teológica de nuestra época". Chile: Universidad Alberto Hurtado.
- Francisco. (2013). *Lumen Fidei, la luz de la fe*. Chile: San Pablo.
- Silva, J. (2000). *La verdadera religión, un diálogo con Bernard Welte*. Talca: Universidad Católica del Maule.
- Pikaza, X. (1990). *La madre de Jesús, introducción a la Mariología*. Salamanca: Sígueme.